

# MODIFICACIONES POLÍTICAS DEL CONSUMO CULTURAL EN EL CAPITALISMO DIGITAL DE VUELTA DE SIGLO

**DARWIN SARAVIA**

- Estudiante de la Maestría de Estudios de la Cultura, con mención en Políticas Culturales, de la UASB-E. Sociólogo por la UCE.  
*Correo electrónico: <tiempoabsoluto@gmail.com>.*

## ▪ *Resumen*

En este aporte para el pensamiento crítico, se propone tanto desarrollos históricos legítimos de la masificación de los objetos culturales –industrias y bienes de consumo cultural y sistemas de circulación y distribución–, como también propuestas que no se resignan a soltar las riendas que dirigen y dirigen a la Modernidad hacia un lugar mejor. Se plantea mirar esta vuelta de siglo como un tiempo inminentemente nuevo e implacable para las fuerzas sociales de reproducción material e inmaterial de todas las culturas.

- *Palabras clave:* **consumo cultural, industrias culturales, capitalismo digital, fuerzas productivas.**

Walter Benjamin, después de ya casi un siglo, advierte lo que está ocurriendo respecto a su tiempo y al nuestro; es decir, el desarrollo acelerado de la técnica para la multiplicación de los objetos y procesos culturales. Al tener como antecedente de su trabajo el tratamiento del proceso de producción de la riqueza social en la *Crítica de la economía política* de Karl Marx, puede entender que lo que se juega en la producción del arte a gran escala –y con ello en la sobreproducción de mercancías– es la caracterización que va de la pérdida de su valor natural a la pérdida de su unicidad. Con referencia a esto dirá que la estatua de Venus que fue sacada de su espacio social donde tuvo una función ritual, ya en el Imperio romano, habrá adquirido un carácter que no corresponde al de la Afrodita griega (asociada al placer y a la sensualidad), sino que se habrá convertido en una representación alusiva al amor y a la fertilidad.

Habría que situar el problema contemporáneo de la comunicación y especialmente el de la cultura, en primer lugar, sobre la base de la “clasificación social” que en *Vigilancia líquida* (Bauman y Lyon 2013, 67) refiere Bauman ante la pregunta de Lyon, su colega sociólogo e interlocutor. La referencia que hacen los autores es a la disposición programada por ingenieros de sistemas informáticos que tienen a su cargo transnacionales como Microsoft Corporation y todas sus filiales y asociados como Google, Skype, YouTube o Facebook para clasificar nuestros gustos y preferencias, tanto de marcas como de conceptos; la “clasificación social” se hace por frecuencia de palabras introducidas en la búsqueda de un nombre de autor, tema, video o de un concepto o contenido teórico.

La prueba de la existencia y efectividad de esta forma de vigilancia es que cada vez los anuncios ofrecidos y ofertados en internet son más ajustados a nuestra demanda, con la obvia salvedad de que no son necesarios; pero, como anota Roberto Igarza, los más inocentes, independientemente de la edad (los jóvenes y no muy jóvenes, pues no es asunto etario) no son conscientes, en su ilusión, de que en realidad lo que está sucediendo es un engaño.

La derivación del término “industrias culturales”, que a menudo se vierte como “industria de la cultura y del entretenimiento” o “industria de la cultura y del ocio”, o bien, como “industrias creativas”, no corrige la omisión inscrita en la publicidad –su insistente valor de exhibición– que sigue siendo generalizada (aunque con excepciones), sino que más bien, permite explicarla mejor: cultura, como ocio o entretenimiento, parece asociada a creaciones, contenidos o actividades simbólicas que tienen un fin en sí mismos. Es decir, la publicidad, o bien, es asimilada a información, o

bien, es juzgada como mensaje que apunta más allá de lo simbólico, a un producto o servicio cuya compra o contratación promueve tecnología, comunicación y culturas juveniles.

Para llevar a cabo la tarea de organizar el funcionamiento del ocio intersticial, Igarza, en *Burbujas de ocio* (2009), ha optado por indicar los campos en los que desarrolla este fenómeno que ha cambiado de modo definitivo el consumo de contenidos culturales; el énfasis está en el tiempo y en el espacio para el trabajo y el tiempo y los espacios para el ocio. En el tercer capítulo, el autor despliega once puntos que hacen referencia a los “factores que determinan [y marcan una frontera entre un antes y un después en] el uso de internet en las pausas” laborales o productivas (77); estos hacen referencia a los conflictos que atañen a la familia y al lugar de trabajo donde se ha reorganizado el tiempo; al ámbito personal y de las relaciones con los otros, que hoy son atemporales y ubicuas hasta la saciedad.

Otros puntos que hacen referencia a la productividad, que contrastan con los tiempos perdidos o tiempos basura, desvían la atención a la cultura. Este caso se hace evidente en la visibilidad en redes sociales, en que la frontera entre lo público y privado es en este nivel, móvil o fluctuante, hacen referencia a las condiciones de recepción de la señal WiFi o al acceso a la red; aquí está presente el problema de la marginación que tiene que ver con la clase social. Las revoluciones tecnológicas son procesos de los que no se puede escapar, que se refieren a las olas que van haciendo determinaciones que homogenizan las sociedades; por ejemplo, en la actualidad, nadie puede prescindir de una dirección de correo electrónico. Finalmente, Igarza, hace referencia a la productividad, al “logro” de exigencias, donde se da el fenómeno de la “carga circunstancial de trabajo” (80), pues también el trabajo que se suponía, con ciertas variantes, independiente, hoy se hace en casa, incluso a tiempo completo.

Para el tratamiento de las alteraciones y modificaciones emocionales y sociales que paulatinamente ha introducido el uso de internet, Igarza recomienda reflexionar desde la relación que se genera entre tres sistemas: el “sistema de comunicación interpersonal”, el “sistema de comunicación de la información” y el “sistema de consumo de contenido cultural”. Puede decirse que la tecnología presenta un panorama ambiguo; en la masificación, propia de este proceso, nadie está por fuera, pues al intentar estarlo, el aislamiento, o peor aún, el autoaniquilamiento, son el resultado. Esta fatalidad, por supuesto, está sobre la idea de que la tecnología tiene como antecedente la razón instrumental, desarrollada

por impulsos económicos de emporios de acumulación capitalista, que tienen, desde Hegel, el progreso, como signo para la trascendencia (Echeverría 1986). De aquí la propuesta marxista de abolir el sistema “técnico-semiótico generador de plusvalor” (Preciado 2008, 103), de explotación laboral o sistema de subsunción del proceso de trabajo al proceso de valorización, que puede ser leído como eurocentrista (progresista) o, no obstante, como universal y transmodernista (Dussel 2005).

### ***Las transformaciones políticas del capitalismo digital de vuelta de siglo***

Con el antecedente de que en los tiempos de la “Modernidad líquida” ha habido avances sobre libertades individuales, Bauman (2010), en *Libertad*, analiza la sociogénesis de la libertad y los cambios que se han dado a lo largo de la historia, según el esquema: libertad, sociedad y sistema social. Es decir, la libertad es resultado de un largo camino y avanza alrededor de conquistas sociales, locales y no universales como se creía. La idea de libertad es reciente, proviene de los libertos (78) de la antigüedad clásica, quienes incidieron en una nueva arremetida después de su manumisión, pues el sistema social todavía seguía manteniendo esclavos y amos como norma; en los libertos quedaba hasta una tercera generación o mayor tiempo la huella de ser liberados, entonces, no eran libres los libertos, tampoco los demás esclavos. Para la idea moderna de libertad –que empieza con la “negación del dogma del pecado original” de Pelayo entre los siglos IV y V–, y en especial la de Marx, este antecedente es determinante, él entiende que se trata de la desaparición de las clases sociales, es decir, del paso del reino de la necesidad al de la libertad.

Lo que se menciona tiene que ver con la subvaloración que hacen las nuevas generaciones, sujetos de la cultura virtual, a la “determinación material e histórica” que sostiene a la cultura como a una “superestructura jurídica y política” (Marx 2003, 12). Esta despreocupación de lo material no solo que no impide, sino que, mejor, potencia las transformaciones sociales una vez masificada la información en lo que Igarza llama la “generación WiFi”, en un tipo de “comunicación 2.0”. Así lo propone Walter Benjamin, en 196, avizorando la masificación del arte y la cultura.

En autores que se inscriben en la posmodernidad, no hay mayor complicación con el advenimiento de los nuevos tiempos, la preocupación es cómo llegamos a un consumismo, al menos sostenible; ya implicados

todos (el mundo en una globalización “inegable”) en las imágenes de la reproducción de los procesos de producción con trabajo vivo resueltamente objetivado –ya no necesariamente, en la reproducción de las formas de producción de valor de cambio–. Se puede afirmar que, puesto que no hay recursos infinitos, tampoco corresponde el fomento de políticas culturales que impulsan o legitiman necesidades infinitas. Detrás de tales hipotéticas políticas se oculta el nefasto proceso económico de la sobreproducción de bienes, un ejemplo son los estilos de vida. García Canclini, por ejemplo, entra directo en los *life styles*, como es conocido en el norte del continente. Ante todo, en lo referente a la pertinencia de una antropología posmoderna necesaria para tratar tal dispersión de los actores sociales de la localidad (la ciudad de México), con su “babel” de opciones al momento de elegir entre los escasos productos de la política pública para esos años de la investigación (1994), el autor pone especial atención en el acontecimiento del II Festival de la ciudad de México. Aquí ubica el sentido unificador del consumo cultural: cuando cada uno está en su estilo de música, en su grupo, no alcanza a reconocer que está en un mismo festival que los unifica. El equivalente de aquel es el que se celebra en nuestra localidad, en el la Tribuna del Sur, el Festival de la Diversidad, Tolerancia y Autoestima.

### ***Límites de alcance entre la teoría y la acción política***

Ana María Ochoa (*Políticas culturales, academia y sociedad* 2002), nos invita a entender el origen de la planificación para llevar adelante el conjunto de políticas culturales, cuyo núcleo es la relación entre cultura y poder. Es este espacio interseccionado el que se lucha en la ejecución de tales políticas. Además, a través de otros autores, muestra la pertinencia de intelectuales orgánicos, categorización basada en la teoría de Antonio Gramsci. Tal trabajo complementario, supone la autora, pondría de manifiesto la comunicación permanente entre el cuerpo de intelectuales y la población, especialmente en América Latina. Esta mediación es de vital importancia, pues, además se encuentran trabajo intelectual y esfera política. Precisamente en nuestra región, señala Ochoa, la construcción de los Estados nacionales se procura bajo un tipo parecido de mediación, no solamente para producir cultura, sino también pensamiento social y político. Así, lo nuevo es cómo pasar a acciones las interpretaciones diferentes que converjan en definiciones cuando se tienen modelos institucionales atravesados por momentos históricos específicos.

Las ideas a las que hacen referencia las políticas culturales, en un primer acercamiento, van desde el ordenamiento simbólico para un momento histórico o transformación social (García Canclini 2001), pasando por la visión de conflicto de los diferentes actores políticos, hasta aquellas que las sitúan en el lugar de las ciencias políticas. Lo que nos interesa, sin embargo, son las intersecciones institucionales, que es donde se han desarrollado, a su criterio, las intervenciones por parte de los intelectuales, teniendo en cuenta que estos espacios no cubiertos por tales organismos, son tomados en ocasiones por necesidad laboral, como por defensas de estos en el orden de lo político.

La instrumentalización, tanto de metodologías como de la comprensión teórica del problema que se trate es el factor que pone la distancia entre el grupo social y la organización o gobierno. Siempre queda un espacio de no visibilidad para el equipo de intelectuales y académicos, al que no se alude. Pero, además, en palabras de la autora:

la obra de [Paulo] Freire jugó un papel fundamental en vincular modos locales de expresión o de nombrar (cultura popular) con procesos sociales, lo cual fomentó controvertidas experimentaciones en los campos del teatro y de la música, cada despliegue de políticas culturales es un momento de reconocer su límite. (Ochoa 2002)

En efecto, esta metodología tiene su origen en las teorías del desarrollo, y estas a la vez, en la época de los 50, para el fin de la Segunda Guerra Mundial, especialmente tomando como base a la escalada económica y la reconstrucción de los países europeos y de los Estados Unidos.

Una política pública y por extensión una cultural, con características óptimas, debe averiguar y depurar la manera en la que los problemas de los diversos grupos devienen públicos y cómo devienen agenda gubernamental. En este sentido, expresa con referencia a los Estados nacionales latinoamericanos, que en los últimos años, no fue un tema central el diseño de políticas culturales entre los miembros conformantes de tales Estados. Los temas que sí se tenían en cuenta para el diseño y planificación de las políticas son los relacionados con las ciencias y la producción, como la economía. Estas prioridades no se discutieron públicamente y ya tenían autor anónimo: los intereses de clase, el imperialismo o el capital como ser económico de autorreferencia.

En el trabajo de Xavier Cubeles (Políticas culturales y el proceso de mundialización de las industrias cultu-

rales 2010) hallamos una taxonomía minuciosa de unas claves de carácter general sobre el proceso de mundialización de los bienes culturales, la mundialización en la esfera del negocio privado de tales bienes: las industrias culturales, y la consecuentemente mundialización en la intervención pública con respecto a estos (las políticas culturales). Así, el libro como objeto cultural, para este autor, como uno de los tres soportes o continentes-tipo principales de los que derivarían una multiplicidad de otros registros artísticos –los otros soportes son audiovisuales y sonoros–, pasa al circuito de la circulación a escala mundial básicamente en cinco fases (Cubeles 2010):

- La transnacionalización de las empresas.
- La concentración empresarial y la estructuración de redes.
- La tendencia a la centralización territorial.
- La estandarización de los medios de comunicación y de los contenidos culturales.
- El proceso de convergencia digital de los mercados

### Referencias bibliográficas

- Adorno, Teodoro. 1967. "La industria Cultural". En Edgar Morin y Teodoro Adorno, *La industria cultural*: 7-20. Buenos Aires: Galerna.
- Bauman, Zygmunt. 2010. *Libertad*. Barcelona: Losada.
- Bauman, Zygmunt, y David Lyon. 2013. *Vigilancia líquida*. Barcelona: Paidós.
- Benjamin, Walter. 2010. *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Traducido por A. Weikert. Quito: Rayuela / Diagonal.
- Cubeles, Xavier. 2010. *Políticas culturales y el proceso de mundialización de las industrias culturales*. Barcelona: Magris.
- Dussel, Enrique. 2005. *Transmodernidad e interculturalidad (interpretación desde la Filosofía de la Liberación)*: 1-26. Iztapalapa.
- Echeverría, Bolívar. 1986. *El discurso crítico de Marx*. México DF: Era.
- García Canclini, Néstor. 2001. "Por qué legislar sobre industrias culturales". En *Nueva Sociedad*, No. 175: 60-69. Caracas: Nueva Sociedad.
- Igarza, Roberto. 2009. *Burbujas de ocio*. Buenos Aires: La Crujía.
- Marx, Karl. 2003. *Contribución a la crítica de la economía política*. México DF: Siglo XXI.
- Ochoa, Ana María. 2002. "Políticas culturales, academia y sociedad". En Daniel Mateo, *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas*: 213-224. Caracas: Cultura y Poder.
- Preciado, Beatriz. 2008. *Testo Yonqui*. Madrid: Espasa Calpe.